

## RAQUEL PADILLA EN EL RECUERDO A MODO DE PRESENTACIÓN

FRANCISCO LÓPEZ BÁRCENAS  
EL COLEGIO DE SAN LUIS



Hay muertes que cuando ocurren se llevan partes del alma. Son muertes innecesarias, inesperadas, inútiles. Muertes que se presentan a des-tiempo y se llevan la vida de personas que están en su plenitud y la sociedad espera mucho de ellas. Una de esas sucedió la tarde del siete de noviembre del 2019, cuando nuestra amiga Raquel Padilla Ramos fue brutalmente asesinada por su pareja sentimental, Juan Rodríguez, en la comunidad de El Sauz, municipio de Ures, estado de Sonora, donde vivieron y convivieron los últimos años. Por azahares de la vida,

la noticia de esta tragedia me despertó a las pocas horas del suceso y, todavía dormido, no podía dar crédito a ella. Raquel estaba en la plenitud de su vida y su desarrollo profesional, tenía muchos planes para desarrollar, algunos de ellos los habíamos pensado conjuntamente y de esa misma manera los pensábamos realizar. Y ahora ella estaba muerta. Como no aceptaba esa realidad hablé a varios compañeros de ambos y, lamentablemente, me confirmaron la fatal noticia.

Enfrentado a la realidad por mi mente desfilaron muchos recuerdos. Uno de ellos fue la manera en que la conocí. Fue en el año 2013. La Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) había resuelto un amparo presentado por la tribu yaqui en contra de la construcción del Acueducto Independencia, que los despojaba del agua para entregarla a la industria instalada en la Ciudad de Hermosillo, en el estado de Sonora. En su resolución la SCJN ordenó la realización de un peritaje que diera cuenta de los impactos que la obra podría causar a los demandantes del amparo y tanto la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT), como autoridad responsable; así como la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), como órgano garante; pero sobre todo las autoridades de la Tribu yaqui decidieron que fuera personal del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) quien lo realizara. El INAH aceptó y armó un equipo especializado en donde Raquel Padilla estuvo en primera línea, junto con José Luis Moctezuma Zamarrón, el famoso “Vaquero”, y un servidor, entre otros.

Raquel y el Vaquero me introdujeron en la vida de los yaquis, a la que solo conocía por unos viajes esporádicos que había realizado años atrás a su territorio. Con ellos recorrí varios pueblos realizando trabajo de campo, reuniendo información para llevar a cabo nuestro cometido. Cuando el peritaje se entregó a los solicitantes no gustó mucho a las autoridades estatales, la (SEMARNAT) incluso nos acusó ante la Dirección General del INAH de ser parciales, por no hacer un trabajo a modo, que justificara sus malas actuaciones para favorecer a los empresarios perjudicando a los pueblos de la tribu yaqui. Esto obligó a que se realizaran varias reuniones donde participó el equipo que elaboró el peritaje y la Dirección General del INAH, quien al final defendió el trabajo ante la SEMARNAT y ante la Presidencia de la república. Los pueblos yaquis, en cambio, desde un principio hicieron suyo el documento y lo utilizaron ante diversas instituciones nacionales e internacionales para argumentar la defensa de sus derechos. Quedaba claro que la solidez del documento hablaba por sí

mismo del profesionalismo de quienes lo elaboramos y de nuestro compromiso con la defensa de los derechos de los pueblos indígenas.

En esto pesó muchísimo la obra de Raquel Padilla, que de todos los investigadores era la que más había estudiado la historia y la cultura de los yaquis, tanto en su territorio originario como en Yucatán, a donde fueron deportados como prisioneros de guerra durante el porfiriato. Como resultado de su trabajo nos legó numerosos ensayos y libros, destacando entre ellos *Los partes fragmentados. Narrativas de la guerra y la deportación yaquis*; *Los irredentos parias: los yaquis, Madero y Pino Suárez en las elecciones de Yucatán, 1911* y *Yucatán, fin del sueño yaqui: el tráfico de los yaquis y el otro triunvirato*, obras imprescindibles para quien quiera adentrarse en la historia contemporánea de la tribu yaqui. Pero su obra no quedó en eso, Raquel trascendió los usos y costumbres de la academia que solo llega hasta donde considera que ha cumplido, cuando los resultados de sus trabajos se hacen públicos; no, ella llevó su relación con los yaquis más allá de la academia, acompañándolos en su lucha por la defensa de su territorio y sus derechos como si fueran suyos. Como muchos de nosotros, estaba convencida que, si los yaquis le habían confiado sus conocimientos, ella debía ofrecerles los suyos.

Platicar y convivir con Raquel Padilla me convenció de que era una mujer consciente de la época que le había tocado vivir. Una época marcada por la emergencia de los pueblos indígenas como sujetos políticos, a los que les había tocado la dicha o la desgracia, según desde donde se le mire, de defender al país y sus riquezas de la avaricia del capital, que con la complicidad de las autoridades estatales la estaba despojando hasta de su dignidad. La llegada del neoliberalismo trajo consigo la precarización del trabajo en las fábricas y el papel protagónico de los obreros se convirtió en asunto del pasado; también terminó con el reparto agrario que la reforma agraria emergida de la revolución de 1917 había impulsado por décadas, haciendo cesar las movilizaciones campesinas. Paradójicamente, los pueblos indígenas, que históricamente habían sido lanzados a las montañas, donde se suponía no había ningún bien del cual apropiarse, se encontraban donde se ubican los recursos naturales que ahora ambiciona el capital y a ellos les toca defender. La tribu yaqui era un ejemplo claro y Raquel, conocedora como nadie de su historia, sabía que iban a asumir su papel histórico y decidió acompañarlos en esa empresa.

Varias veces nos reunimos en diversos lugares de la república, la Ciudad de México y en Querétaro, entre otros; participando en eventos académicos, en donde exponíamos los resultados de nuestras investigaciones, pero también en eventos políticos, acompañando la lucha de la tribu yaqui en defensa de su río. Recuerdo una ocasión en que presentó su ponencia acompañada de su compañero que era músico de cierto renombre: era una cosa inédita porque ella leía y él tocaba para darle otro sentido a lo que decía con sus palabras; tampoco olvido la ocasión en que los yaquis, junto con otros pueblos indígenas del país, armaron una caravana nacional en defensa del agua, y un grupo de músicos y danzantes se vinieron del norte hacia el centro del país como parte de la caravana; al llegar a la Ciudad de México lo que más les interesaba era ir a la basílica de la virgen de Guadalupe a tocarle y bailarle para que los ayudara a solucionar sus problemas y los protegiera de las amenazas que se cernían sobre ellos. Y allá iba Raquel guiándolos para que no se perdieran.

En mayo del 2019 nos vimos por última vez. El pretexto fue la presentación de su libro más reciente entonces: *Los partes fragmentados. Narrativas de la guerra y la deportación yaquis*, en el que amablemente me invitó a participar. Después del evento, junto con otros familiares y amigos nos fuimos a una cantina y cantamos corridos y canciones nortenas, mientras saboreábamos algunas cervezas. El ambiente era propicio para imaginar trabajos futuros y pensamos proponerles a los pueblos de la tribu yaqui una investigación histórico-jurídica que diera cuenta de las afectaciones que habían sufrido como pueblo hasta llegar al etnocidio; si lo lográbamos ellos podrían reclamar al Estado una reparación por el daño que les había causado. Ya no fue posible por su intempestiva partida; también dejó trunca la creación de la Red de Historiadores en Apoyo a las luchas indígenas del noroeste de México (RHALINO), así como de una *Yaquipedia*, enciclopedia digital sobre historia y cultura yaquis.

Un asunto del que hablamos poco pero que le preocupaba bastante y le dolía era la división política de los pueblos de la tribu yaqui. Sabía, porque conocía muy bien su historia, que tales divisiones eran producto de acciones impulsadas desde fuera, por los gobiernos y los dueños del capital. Sabía que la mayoría de los yaquis eran conscientes de eso, pero que tenían muchas justificaciones para pelearse entre ellos. En algunos pesaba la buena voluntad, aunque ingenua, de que podían conseguir algunos beneficios para paliar la dura situación económica en que transcurría su vida y la de los suyos; en otros era la ambición la

que los decidía a tomar caminos diferentes a los de sus compañeros y seguramente podían encontrarse más argumentos con que justificar las divisiones. Había otras, pero eran las más visibles. Lo cierto es que al final estas divisiones perjudicaban a la tribu en su conjunto y favorecían a sus enemigos. De ahí que Raquel pensara en cómo trascender estas situaciones.

Todos estos recuerdos se agolparon en mi mente en los días que siguieron a su asesinato y se mantuvieron hasta el nueve de noviembre, cuando se organizó el ritual de cuerpo presente para acompañarla en su último viaje. Las lágrimas y el llanto de tristeza se mezclaban con la incredulidad y el asombro. Cientos de personas que apenas hacía unos cuantos días convivían con Raquel Padilla, ahora se encontraban reunidas en el Museo de Sonora del INAH para acompañarla en su último viaje. A todos los presentes les resultaba increíble que su pareja sentimental de los últimos años, fuera el responsable de su muerte; sobre todo porque la mayoría de sus compañeros de trabajo y amigos de años los conocieron muy enamorados y respetuosos entre ellos, siempre apoyándose mutuamente. Pero los hechos se imponían: él se encontraba detenido y ella a punto de emprender el último viaje, en donde todos esperamos descanse en paz.

Dentro de los presentes destacaba la presencia de los pueblos yaquis, a los que dedicó su vida para comprender y difundir su resistencia, su cultura y los acompañó en su esfuerzo por construir un futuro distinto al que hasta ahora han vivido, donde pudieran vivir dignamente. Los yaquis lo sabían y lo saben, por eso la despidieron como una de las suyas. Hombres y mujeres viajaron desde sus pueblos de origen para acompañarla y desearle buena suerte en este que sería su último viaje. Un honor singular, sin duda, un ritual reservado para los yaquis de nacimiento, que se habían distinguido por dedicar su vida o parte de ella a defenderlos de las agresiones externas, ahora se extendía a una persona nacida fuera de los pueblos pero que ellos sentían como parte de ellos.

Precedidos por la voz de Maribel Ferrales, soprano cubana radicada en Hermosillo, Sonora, los maestros rezanderos yaquis, acompañados de sus cantoras, le pusieron solemnidad al acto rezando y cantando letanías, mientras sus cuatro madrinas y padrinos le colocaban los rosarios que la protegerían en el camino oscuro, mientras transcurría el tiempo y el próximo año le pudieran realizar su cabo de año para que entrara al *Sewa Ania*, el mundo flor yaqui, a descansar eternamente. Cuando

ellos y ellas concluyeron su labor, los matachines yaquis –soldados de la Virgen– se adueñaron del escenario y al son de *La Batalla*, con el cual honran a la gente de mucho respeto, prepararon el camino que la condujera a la gloria. Para asegurar que así fuera al final de su danza le ofrecieron el arma que portaban mientras bailaban: una flor.

Cuando los yaquis terminaron su ritual el acto volvió a su cauce normal. Tomó la palabra Elisa Villalpando, su compañera de trabajo en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH); le siguió Raquelita, su hija, y al final Diego Prieto Hernández, director del propio instituto, quien viajó desde la Ciudad de México acompañado de la secretaria técnica de la institución, Aída Castilleja, a despedir a la amiga y compañera de trabajo. Todos encomiaron la obra, su activismo político y la calidad humana de Raquel Padilla y pidieron que su muerte no quedara impune. Cuando los discursos terminaron, los presentes, que llenaban todo el patio central del museo, lanzaron una gran ovación para que Raquel la escuchara y supiera que ahí estaban con ella, acompañándola, y que podía emprender su último viaje de manera tranquila.

La clase política del estado también tomó posesión ante la tragedia. Respetuosa de la muerte de Raquel y su labor, guardó un silencio respetuoso. No se pronunció, pero tampoco se presentó al acto, sabedora que sería de muy mal gusto hacerlo y que podría resultar una ofensa para ella y generar reacciones sociales adversas. Fuera de las autoridades del INAH, sólo hizo presencia el director del Instituto Sonorense de Cultura, institución con la cual Raquel Padilla Ramos colaboró constantemente. Después todos los presentes la acompañaron a descansar otro rato mientras se preparaba el viaje a su última morada. Allí iba la misma Raquel Padilla encabezando su última partida, seguida de sus familiares, compañeros(as) y amigos(as), que resultaban ser mucho más de los que se mostraban. Nadie lo notó, pero seguramente iba contenta por haber vivido de manera congruente con su pensamiento, sabiendo que los que le sobreviven sabrán hacer lo mismo.

Días después parte de sus cenizas fueron depositadas en la sierra del Bacatete, el lugar que fue refugio y les dio alimento, protección y guarida a los yaquis, en tiempos de persecución, muerte y exterminio, como ella misma había documentado. Ahí descansa, entre la gente que amó y la amó a ella. Ya no está entre nosotros, pero sigue siendo nuestro referente para muchas cosas. Así, ser y estar se desdoblaron entre su cuerpo y su pensamiento. Su alejamiento físico nos ha acercado más a lo que fue

su vida y su obra. Homenajes en su memoria se multiplican por todo el norte del país y muchos de ellos alcanzan otras latitudes, mostrando que su obra y su calidad humana están presentes más allá de lo visto o imaginado. Este es uno más entre ellos.

Hace más de un siglo, hablando de los héroes que dedicaron su vida a defender los derechos y la dignidad de los pueblos, José Martí escribió: “Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarle a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados”. Así recuerdo a Raquel Padilla Ramos, una mujer ejemplar que hizo lo que otras mujeres no hacían por ellas mismas, que puso el cuerpo y el alma por defender su libertad porque sabía que era la libertad de todos. Por eso sigue y seguirá con nosotros, en la academia y en la arena política. Defendiendo el decoro de la humanidad.